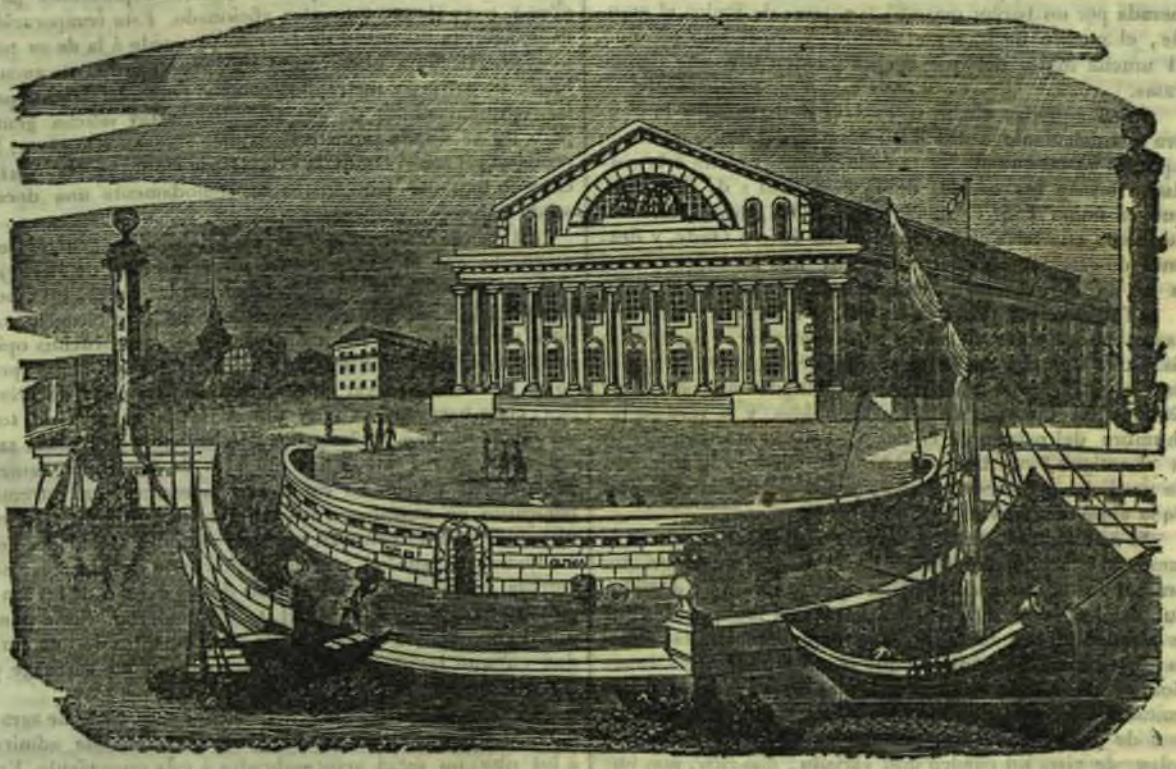


SAN PETERSBURGO.

El extranjero que à su entrada en la capital de Rusia esclama como Madama Stael «Petersburgo ¿ qué haces aquí?» seguramente llega á ella en el invierno en un dia de tormenta ó de ventisca. La aridez de la estacion contrasta con la belleza de aquella capital. Pero en el estío, en que el clima del Norte se asemeja prodigiosamente al del mediodia, lejos de ocurrir al viajero semejante pregunta, en vez de reprobar la eleccion del sitio que ocupa, admirará la conveniencia de su situacion, y esta admiracion durará hasta fin de octubre: entonces si el frio se eleva de veinte à treinta grados, es cuando únicamente esperimentará un movimiento de indignacion contra el fundador de aquella capital.

Esta ciudad es jóven, hermosa, rica, elegante, construida bajo un plan regular y simétrica sin monotonía; las casas no tienen una elevacion tan desproporcionada que intercepten el aire ni la luz. Un ruso de buen tono no subirá mas de dos tramos. Las fachadas están bien decoradas. Pudiera llamarse la ciudad de las columnas; tal vez han abusado de este adorno, pero al cabo es un brillante defecto que al menos contribuye á la magnificencia del golpe de vista.

Hay un punto desde el que S. Petersburgo ostenta à la vista el conjunto de su inmenso panorama: este es el puente del jardin de Estío. Una tarde cuando el sol al ocultarse presentaba el mas grandioso espectáculo, encontré allí al conde Amadeo. Queriendo hacerme partícipe de su admiracion hácia los objetos que amenizan aquella perspectiva, fuémelos señalando uno à uno, al modo que Elena designaba á Priamo los héroes del ejército sitiador de Troya.

«He allí, me decia, sobre la rivera derecha de la ria, la fortaleza que contiene en su vasto recinto la iglesia de S. Pedro y S. Pablo, cuya elevada aguja de oro domina las murallas; aquella multitud de chispas que brillan en medio de espesos vapores por cima de una verde techumbre, nos indica la casa de moneda situada tambien en el interior de la ciudadela.

«Mas allà, á la derecha, en el fondo del horizonte, aquellos árboles magestuosos inclinan su ramage ante las aguas del estrecho *Neva*. ¿Cómo designaros aquella multitud de suntuosos campanarios que envanecen las aéreas regiones? He allí, en el *Bassiliostroff*, la cúpula de una iglesia que he visto empezar, concluir é inaugurar en el espacio de dos años; en su cima se distingue una estàtua de cobre plateada. Mas allá *la Bolsa* y sus dos columnas rostrales; la línea inmensa de los doce colegios que en otro tiempo encerraban los diferentes ministerios; los edificios de la aduana, la academia de ciencias, la de bellas artes; y al estremo de tan imponente perspectiva, la escuela de minas situada á la conclusion de la curba descrita por la ría.

«Sobre la ribera izquierda se distingue el hermoso enrejado del jardin de Estío, en cuyo centro se eleva el palacio Miguel en que murió Pablo I que le habia hecho construir. Pasad la vista por el *campo de Marte*, teatro de las belicosas revistas de la guardia imperial, y por cima de los árboles en línea diagonal, divisareis el palacio edificado por el gran duque Miguel y su interesante compañera; y en fin la cúpula de la iglesia católica, y la de *Kasan*, iglesia metropolitana hasta nueva órden.

«Concluida esta escursion fuera de las márgenes del Newa, volvamos la vista á aquella inmensa línea de edificios que forman el muelle del consejo. He allí la casa de madama Rivas, esposa del antiguo almirante; el palacio de mármol, el del conde Litta, el del príncipe Ca-

garin, la embajada de Francia, la Ermita, el palacio de invierno, el vasto edificio del Almirantazgo con sus dos pabellones, sus bajadas de granito y su veleta de oro superada por un barco; mas allà la estátua de Pedro el grande, el puente de Isac y el senado, y en último término, el muelle inglés del que apenas pueden divisarse algunas casas.

»Ved aquellas chalupas cual se deslizan bajo la sombra paralelamente à los dos estremos del jardin de Estío; aquellas aguas que el Newa cede generosamente á la ciudad, forman los canales de la *Fontanka* y de la *Moika*, que en union con el de *Santa Catalina*, bañan los mas hermosos cuarteles en la direccion de Este à Oeste, y despues de caminar asi cuatro *werstas* (una legua) se unen á la ria en el mismo sitio en que esta desagua en el golfo.

»Tal es el cuadro que se ofrece á nuestra vista. Volvamos ahora nuestro rostro y remontemos el curso de la ria. A la derecha se ve el arrabal de *Gagarin*, la iglesia del Arsenal, los campanarios del antiguo monasterio de *Smolna*, el instituto de señoritas nobles, y la verdosa techumbre del palacio de la *Tauride*; sobre la ribera opuesta el antiguo Petersburgo, el hospital militar, la academia de medicina, diversas iglesias, y por último las cercanías de la aldea de *Ohkta*.»

Si à esta multitud de hermosos edificios añadimos la inmensa estension de la ria que se divide en diferentes brazos; los bosques de màstiles que se elevan en distintos puntos; las naves estacionadas delante de los puentes que se abren à las dos de la mañana para franquearlas el paso; los millares de góndolas que se cruzan en todas direcciones, las hermosas aceras, los pretiles, y las fachadas imitadas á mármol que forman el recinto de la ria; habrémos de convenir en que es imposible abrazar en un solo golpe de vista un cuadro mas variado, mas rico, mas imponente: y es de observar que para gozar de él en toda su estension no es necesario cambiar de sitio: nuestra vista caminó mucho pero nuestros movimientos se limitaron à una media vuelta à la derecha.

Aunque allí se carece de la piedra sillería no se hace muy notable esta falta; los ladrillos suplen perfectamente á aquellas masas enormes que tanto cuesta hacinar. Muchas ventajas se contraponen á esta privacion; una de ellas es la de la brevedad en la construccion (1): una casa se levanta con inconcebible rapidez, sin que por eso carezca de cuanta solidez puede apetecerse. Los ladrillos se ocultan y un revocado de color blanquecino, amarillento ó café con leche al gusto de Italia se presenta à complacer la vista. Acostumbrado ya à la variedad y frescura de los matices, ningun placer se encuentra al ver el palacio de màrmol edificado con gruesas piedras de granito Esta es la única casa de su especie; su estrambótica belleza tiene un aspecto triste. Cuando me ví al frente de aquel negro palacio, adquirí un continente serio, y esto para mi es una calamidad.

Fàcil es de imaginar lo mucho que sufre la pintura de los edificios á la llegada de invierno, lo que condena á los dueños á un continuo revoque; pero este gasto es poco dispendioso, y la ciudad gana en ello el conservar su aspecto de juventud; *si tres mil años existiese de este modo, nunca habria quien acertase su edad.*

(1) En 1820 se componia la capital de 3,102 casas de piedra, y 5,283 de madera inclusas 230 fábricas. Tiene de circunferencia 33 1/2 werstes (cerca de 8 1/2 leguas) y 9 de diámetro (2 1/4 leguas). Contiene 7 islas formadas por los brazos del Newa, y se divide en 12 partes que forman 5 cuarteles y 431 calles. En el número de los 10 brazos del Newa, se comprenden los tres grandes canales que bañan la ciudad sobre la ribera izquierda de la ria. Cuéntanse 156 puentes, doce de ellos de hierro, treinta y uno de granito y los restantes de madera. Hay 115 iglesias para el rito griego sin contar las capillas. Las santas imágenes brillan en oro, plata y pedrerías; el mobiliario de las iglesias es de la mayor magnificencia. Los cultos estranjeros tienen 33 iglesias ó templos.

No se quien fue el ministro estrangero que comparaba S. Petersburgo á un magnífico teatro en uno de aquellos dias de soledad en que los actores representan para ellos y para alguno que otro aficionado. Esta comparacion es exacta; la magnitud de la ciudad escede á la de su poblacion. Hice esta observacion á un ruso apasionado amante de su patria, y me replicó como el poeta *Le Mierre* por las representaciones de sus tragedias: «Hay mucha gente pero no sé donde se méte.»—Nunca será en esta plaza, le replique, (atravesàmos la de Isaac) porque la yerba crece lo bastante para sustentar cómodamente una docena de cabras.»

El conde *Mileradovitsh* (2) gobernador general me aseguraba que el último censo ofrece un total de 365,999 almas sin incluir la guardia imperial: las calles, los muelles y plazas son tan espaciosos que podrian circular por ellas un millon de habitantes sin tropezarse. Muchos opinan que la poblacion no llega á trescientas mil almas: pero es demasiado juzgar por apariencia. La clase de criados, clase haragana, es muy numerosa; las señoras de tono olvidando uno de los primeros elementos de higiene salen muy poco à pié, y las mugeres de los comerciantes permanecen mucho en casa. Los artesanos, en estremo laboriosos no abandonan sus talleres, ni santifican el lunes ni aun el martes como en nuestras antiguas sociedades del mediodia, en que el pueblo hambriento de placeres, se entrega de contínuo á las delicias de los cafés ó de las sanguinarias representaciones del teatro moderno. Sería pues difícil enumerar à golpe de vista los habitantes de una ciudad en que las personas pudientes pasean en carruage y las que no lo son permanecen en sus casas.

El cuadro habitual de la circulacion nada tiene de agradable. La multitud de hombres con barba crecida admira à los que no estàn acostumbrados á este espectáculo. Este adorno no es bello y respetuoso sino cuando aquella es larga, espesa, bien cuidada, acompañada de un rico trage: pero si carece de estas ventajas imprime un caracter de dureza y ferocidad: la gente comun la lleva bastante mal y sin comprender su importancia. Aun es mucho mas feó el corte de sus cabellos; los llevan cortos y en direccion à la parte inferior de la nuca, y tan nivelados que no esceden uno de otro, lo que los dà un aspecto bastante siniestro: la razon no es fácil acertarla. Su trage de invierno es una piel de carnero que con el uso se pone luciente y mugrienta. No es mas airoso su ropage de verano; las camisas de tela rayada ondean sobre sus rodillas en vez de estar encerradas en el pantalon, las mujeres llevan botas y se cubren con groseras pellizas ó largas camisolas con ancho plegado, que bajando hasta media pierna desfiguran sus formas. La clase mercantil viste con bastante propiedad; pero los mancebos adoptan un trage misto. La barba, único resto de la antigua vestimenta forma con lo demas un desagradable contraste. Las mujeres renuncian, sin saber por qué, el trage nacional por usar sin arte la caricatura de las modas francesas.

Los soldados fuera del servicio y de las maniobras militares, se envuelven en un capoton de color de *pan moreno*, y sujeto al medio del cuerpo, lo que nada tiene de marcial.

Pero los dias festivos cuando toda la ciudad se engalana, el cuadro toma colorido; sobre todo cuando los viejos rusos, fieles á las antiguas tradiciones, arrojando una desdeñosa mirada sobre nuestro ceñido frac salen á ostentar en los paseos el noble trage de sus antepasados.

Otro estrangero comparó esta ciudad à una muger hermosa bien puesta pero mal calzada. El empedrado merece en efecto este epigrama; compónese de guijarros puntiagudos y muy mal unidos entre sí por una arena menuda que elevada por el viento es sumamente molesta para los ojos;

(2) Este general fue muerto en la conmocion militar de 1825.

pero las hermosas aceras, construidas con anchas losas son una verdadera providencia en favor de los pedestres que nada á penas tienen que ver con los carruages. Los tres grandes canales que atraviesan la ciudad en toda su estension la libran de los carros de escombros: las barcas suministran todos los materiales, transportan las maderas, surten los mercados, y hacen todas las mudanzas. Los arquitectos tienen obligacion de rodear el sitio que los trabajadores ocupan con una pared de tablas, y solo se ve à los operarios cuando trabajan en pisos altos.

De suerte que por medio del servicio de las barcas las calles estan esclusivamente espeditas para las carrozas, los *droschky* y los coches públicos. Asi es que nunca se oyen desgracias.

AEREOSTATICA.

(Segundo artículo.)

Hemos esplicado en nuestro primer artículo la teoría en que se funda este descubrimiento, y prometimos en el presente hacer una rápida historia de sus resultados en la aplicacion; vamos á cumplirlo.

La idea de construir un aparato por medio del cual el hombre pudiese elevarse y navegar por los aires, es muy antigua, aunque no tan pronto realizada. El primero que concibió aquel proyecto fue el ilustre *Bacon*, proponiéndose hacer dos bolas de cobre muy delgado y vacías de aire en lo interior. Hácia el año de 1630 el obispo *Wilkins* describió un carro capaz, segun su opinion, de lanzarse en los aires, y por la misma época el jesuita *Lana* imaginó un esperimento semejante al del vapor. En 1709, *Gûzman*, fraile portugués, construyó una màquina imitando la figura de un pájaro, y formada de tubos que arrojando el aire debia reemplazar el batido de las alas. Su invencion le valió una pension considerable, pero la máquina no pudo andar: sin embargo no se desanimó su autor, y en 1736 fabricó un globo de mimbres cubierto de papel y de 6 à 7 pies de alto, que elevàndose á mas de 200 pies, adquirió à su autor la fama de hechicero.

Veinte años despues se empezó a trabajar este asunto de una manera mas científica. En 1755 José *Galien* de Aviñon, publicó una obra en la cual recomienda el uso de un globo de tafetan henchido de un aire mas ligero que el de la atmósfera. El descubrimiento del gas hidrógeno hecho por *Cavendish* en 1766 venia muy á propósito para poner en ejecucion este proyecto; pero sin embargo *Montgolfier*, que si no fue el inventor de la idea de los globos, fue por lo menos el primero en aplicarla con completo resultado, no usó de aquel medio, y solo sí del de la rarefaccion del aire por el calor, y de este modo hizo elevar el primero en 5 de junio de 1783 en Annonay su ciudad natal.

Animado por el suceso de esta primer esperiencia los señores *Charles* y *Robert* construyeron un globo de tafetan impermeable henchido del gas hidrógeno, y el 27 de agosto de 1783 dieron el primer espectàculo de este género à la entusiasmada poblacion de Paris.

Montgolfier marchó entonces á aquella capital llamado por la academia real de ciencias, y en 19 de setiembre del mismo año, repitió en Versalles aquella esperiencia haciendo elevarse en un barquichuelo suspendido del globo, un carnero, un ganso y un gallo.

Hasta entonces ninguna persona humana habia osado atravesar los aires. *Pilatre* des *Roziers* y *d' Arlandes*, fueron los primeros que lo intentaron, elevàndose hasta dos ó trescientas toesas, si bien el globo que los sostenia estada detenido por cuerdas fijas en el suelo. Por último, los físicos determinaron hacer la esperiencia por completo, y el 21 de noviembre de 1786 partieron del bosque de Boloña, cerca de París, y elevándose 500 toesas vinieron à caer dos leguas del punto de partida, despues de haber atravesado toda la capital.

Una viva discusion se elevó entonces entre los partidarios del método de Montgolfier y los que proponian el empleo del gas hidrógeno. Los señores Charles y Robert demostaron en sucesivas esperiencias las ventajas de este último.

(Globo y aparato Blanchard.)

Blanchard adquirió despues una gran celebridad como aereonauta, buscando los medios de dar direccion á los globos, desde su primera ascension verificada en París en 1784. En setiembre del mismo año el *duque de Orleans* acompañado del Sr. Robert se elevó en un globo cuya barquilla iba provista de remos y de un timon.

Llegados à la altura de 1,400 pies los aereonautas se encontraron alarmados de ver el orizonte cubrirse de nubes, y durante largo tiempo fueron arrastrados por un torbellino de viento hasta una region donde los rayos solares calentando estraordinariamente al globo, amenazaron incendiarle por la dilatacion del hidrógeno. En esta estremidad el duque de Orleans hiriendo con su espada la cubierta, favoreció la salida del gas y escapó milagrosamente despues de una navegacion de cinco horas.

El conde *Zambecari* hizo la primer esperiencia de este género en Inglaterra, en 25 de noviembre de 1783 lanzando un globo sin subir en él, y en 21 de setiembre de 1784 verificó en Lóndres el primer viage aereostàtico el famoso *Lunardi*, que despues verificó otros viages en Edimburgo, en Glascou y en Madrid.

Esta última esperiencia verificada en nuestra capital por *D. Vicente Lunardi*, tuvo lugar el dia 8 de enero de 1793 en la plaza del palacio del real sitio del Buen-Retiro á las doce y media de aquel dia, viniendo á caer á las dos de la tarde en Pozuelo del Monte de Tajo, siete leguas distante de esta Córte; despues volvió á elevarse con nueva fuerza, y estuvo en el aire hasta las cuatro de la tarde que volvió à bajar en la Cañada larga, término de la Fuente; finalmente se remontó otra vez desde es-

te último parage, y al fin del tercer vuelo fué à parar al término de la villa de Orcajo, provincia de la Mancha, no sin grave asombro de los habitantes, que pasado el primer susto recibieron entusiasmados al capitan Lunardi, conduciéndole en triunfo á la iglesia parroquial de aquella villa.

(Globo de Lunardi.)

(Globo de Blanchard y Jefferies.)

Ya antes de esta fecha y en 7 de enero de 1785 *Blanchard* y el doctor *Jefferies* intentaron atravesr el canal de la Mancha que divide la Francia de la Inglaterra. Partieron al efecto de Douvres y su globo se elevó lentamente permitiéndoles contemplar el magnífico espectàculo que les ofrecian las costas meridionales de Inglaterra. Pero esta calma hubo de serles funesta, porque despues de una hora apenas pudieron sostenerse sino arrojando todo su lastre. A la mitad del camino entre Francia é Inglaterra se desembarazaron de sus libros y provisiones de boca; poco despues arrojaron sus àncoras y cuerdas y hasta sus vestidos; la pérdida del gas les constituia ya en la situacion mas crítica, cuando llegaron felizmente à las costas de Francia, y despues de tres horas descendieron á las inmediaciones de Calais.

No habian sido tan felices en esta intentona los dos aeronautas *Pilatre des Roziers y Romain*. Habian buscado largo tiempo el medio de subir y bajar sin la pérdida del gas y sin el empeño del lastre. Pilatre des Roziers se propuso realizar ambos métodos encargàndose de la ejecucion de este proyecto. El primer globo se hallaba henchido de hidrógeno, y el segundo atado por lo bajo y á una distancia para que el fuego que debia henchirle no llegase al primero. La barquilla estaba colocada por debajo y montada por los ya dichos *Roziers* y *Romain*, pero apenas habian dejado la tierra, que se les vió hacer algunos movimientos sin duda para dar salida al gas del globo superior que apareció hinchado. Poco despues el aparato aereostático se incendió y sus restos cayeron de la altura de 600 toesas con los cadáveres de los dos desgraciados viageros.

(Globo de velas de Roziers.)

En julio de 1785 el mayor *Monney* se elevó en un globo de su invencion que se rompió y cayó en el mar de Alemania. El infeliz permaneció durante cinco horas en el mayor peligro uniéndose á los restos de su aparato que flotaba en el Océano hasta que fue recogido por el navío Argos cerca de la costa de Yarmout.

El viage aereostático de *Testú* hecho en París el 18 de junio de 1786 duró doce horas y ofreció particularidades estraordinarias. Luego que estuvo à 3000 pies de elevacion temiendo la ruptura del globo ocasionada por la demasiada espansion del gas se dejó caer en unas tierras cerca de Montmorenci. Los paisanos corrieron à él, y queriendo el propietario del campo hacer pagar al aereonauta los daños que le habia ocasionado, arrastraba el globo hácia la aldea, seguido de la multitud; pero Testú arrojó el lastre, cortó las cuerdas de que tiraban los paisanos, y se volvió à elevar dejándolos absortos. Arrastrado despues por una corriente de aire fue envuelto en una nube borrascosa en que permaneció durante tres horas en una oscuridad completa; hasta que disipada aquella y entre dos y tres de la mañana pudo descender el aereonauta à 25 leguas del punto de partida.

En agosto de 1787 Blanchard hizo en Strasburgo un ensayo de paracaidas suspendiendo un perro y abandonándole á la altura de 900 toesas. El perro llegó à tierra con toda felicidad.

En octubre de 1797 *Garnerin* se elevó en Paris para bajar en paracaidas. Llegado à la altura de 300 toesas dejó el globo, y aunque la caida fue en estremo oscilatoria no le impidió llegar felizmente á tierra.

El mismo aereonauta y su hija la señorita *Elisa* repitieron felizmente esta esperiencia en los años sucesivos, mas aunque por los de 1816 ó 17 intentaron hacerlo en esta capital llamando al Retiro à toda la poblacion, fueron inútiles sus esfuerzos para henchir el globo, quedando el público matritense privado de tan deseado espectáculo. Las mismas causas de impericia en la confeccion del gas ó en la disposicion del aparato, han burlado en otras oca-

siones los deseos de este mismo público, y aunque en 1822 confió ver elevarse al famoso *Mr. Robertson* desde la plaza de los toros, solo pudo disponer su globo en términos de subir en su lugar su hijo, jóven de corta edad. Sabido es por último el doble chasco que nos pegó à los madrileños *D. Manuel García Rozo* en los dias 28 de abril y 14 de julio de 1833.

En julio de 1819 *Madama Blanchard* viuda del aereonauta de este nombre hizo en Paris una ascencion nocturna. Su barquilla estaba empabesada y guarnecida de una brillante iluminacion: la misma viagera hacia partir cohetes, y uno de ellos sin duda mal dirigido debió tocar al globo, é inflamando el hidrógeno hizo caer à la desgraciada á la vista de una multitud de espectadores horrorizados por tan sensible suceso. Su cadaver se encontró en un tejado de la calle de Provenza.

La ciencia aereostática no ha conducido como hemos dicho ya á las brillantes consecuencias predichas en su orígen. Sin embargo el empleo del globo para reconocer los movimientos del enemigo contribuyó no poco al éxito de la batalla de Fleurus el 26 de junio de 1795. Los señores *Roit* y *Gay-Lussac* se elevaron tambien en globo para hacer investigaciones sobre el magnetismo y otras, que no han sido de poco recurso à las ciencias.

Daremos fin à este largo artículo haciendo mencion del suceso ocurrido últimamente en Paris con motivo de la ascension verificada el domingo 26 de junio próximo pasado por la señorita *Elisa Garnerin*.

Cerca de las ocho de la tarde eran cuando la señorita Garnerin se embarcó en su navecilla. Elevada à una altura poco considerable y despues de haber paseado durante algunos minutos su embarcacion à la vista de los concurrentes, gritó de repente que se volviese á tierra el globo que aun estaba sujeto, lo que fue ejecutado, y entre tanto que algunos operarios se ocupaban en reparar varias averías que habia recibido, la familia y amigos de la intrépida viagera se habian colocado alrededor del barquillo y trataban de disuadirla de su intento de subir.

La señorita Garnerin, empero, resistiendo sus instancias y exaltado su ànimo por la presencia del público que manifestaba su impaciencia, mostró la mas firme resolucion. En vano la autoridad misma se esforzaba en convencerla, cuando la cuerda que detenia el globo se soltó de repente.

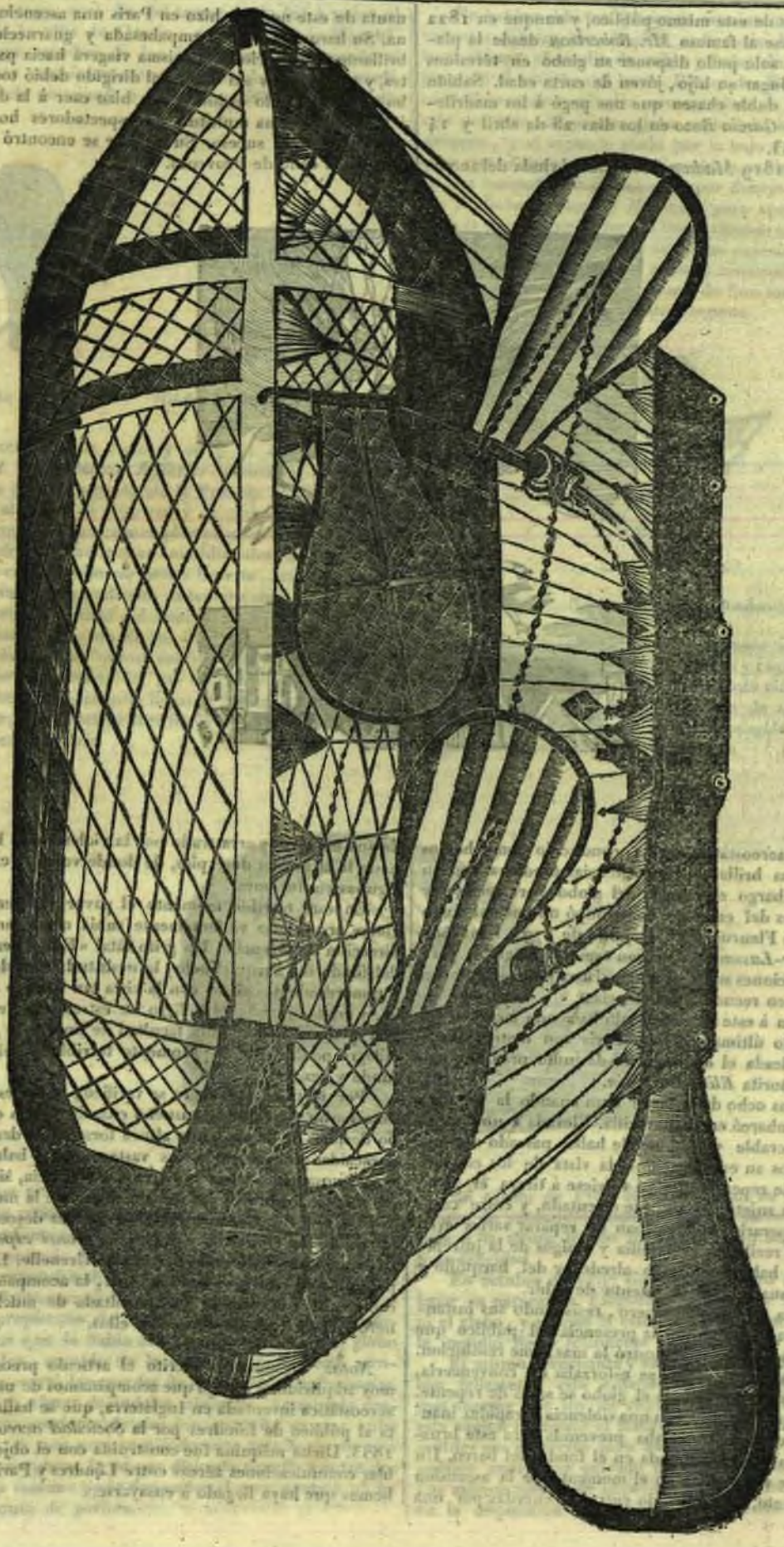
Hendió aquel los aires con una violencia y rapidez inauditas. La señorita que no estaba prevenida para este brusco movimiento cayó precipitada en el fondo del barco. Un militar que se encontraba en el momento de la ascension cerca del aparato, se vió cojido entre las cuerdas por una de sus espuelas y arrastrado por la violencia de la máquina hasta la altura de doce pies, de donde volvió à caer no sin algunas contusiones.

En este terrible momento el pavor fue general; y el globo arrebatado violentamente subia como una bala en direccion de Grenelle. Un grito fatal «Estoy perdida» sale del fondo del barquichuelo; la multitud llena de ansiedad y remordimientos sigue con la vista tan funesto espectáculo, y contemplando el peligro se estremece. Pero ya ningun poder humano tenia facultad de impedirlo, y solo un milagro podia salvarla. ¡Momento terrible! ¡ansiedad profunda y general!

Por fortuna el milagro se verificó, y los espectadores desecharon tan terrible ensueño cuando vieron que el globo despues de llegar á una altura formidable desprendió el paracaidas, desplegando sus vastas alas y balanceándose magestuosamente hácia la tierra sin violencia, sin obstáculos y entre los bravos y gritos de alegría de la multitud.

La señorita Garnerin y su paracaidas descendieron en el recinto del *Gimnasio normal del coronel español Amorós* situado no lejos de la barrera de Grenelle. La multitud precipitándose al paso de la heróina, la acompañó hasta los campos Elíseos à donde llegó escoltada de muchos carabineros y en el caballo de uno de ellos.

Nota. Despues de escrito el artículo precedente, hemos adquirido el dibujo que acompañamos de una máquina aereostática inventada en Inglaterra, que se hallaba espuesta al público de Lóndres por la *Sociedad aereonáutica* en 1833. Dicha máquina fue construida con el objeto de entablar comunicaciones aéreas entre Lóndres y Paris, y no sabemos que haya llegado à ensayarse.



EL TORMEMTO DEL AGUA.

La tortura ó tormento era un modo especial de interrogar á los acusados sobre los hechos que se les imputaban. En la mayor parte de Europa se hallaba tan arraigada en las costumbres públicas que los mejores ingenios la admitian como un hecho contra el cual ninguna objecion habia que oponer. El canciller *d' Aguesseau* escribia en 1734: «O la prueba del crimen es completa ó no lo es; en el primer caso es indudable que debe pronunciarse la pena señalada por las leyes; pero en el caso segundo es tambien cierto que solo puede dictarse *ó el tormento ó una informacion mas amplia.*» Asi es como d' Aguesseau, uno de los mas ilustrados legistas de su tiempo, admitia como natural la alternativa de horrorosos tormentos ó una instruccion mas amplia; para él era indiferente la eleccion entre estos dos medios de llegar à la verdad.

Hàcia 1760 se abolió en Rusia la tortura por la emperatriz Catalina; Luis XVI tomó en Francia una determinacion semejante en los primeros años de su reinado, lo que siempre será un título glorioso para aquel monarca. Ya los ingleses habian hecho desaparecer la tortura en los juicios; sin embargo aun encontramos sus rastros en una época bastante reciente. Cuando Guillelmo Laud obispo de Londres amenazó à Felton, asesino del duque de Buckingham de hacerle aplicar el tormento si no designaba sus cómplices, Felton le replicó: «No se lo que los tormentos me harán decir; pero no serà dificil que pronuncie vuestro nombre ó el de cualquiera otro miembro del consejo real, asi que evitadme inútiles padecimientos.»

Lo que en efecto ha debido influir mas eficazmente sobre nuestra legislacion y decidir la supresion de semejante suplicio, que aun subsiste en algunos pueblos de Europa, es el convencimiento de su inutilidad. La historia forense abunda en ejemplos de acusados que en la fuerza del dolor confesaron crímenes que no habian cometido.

En 1650 un sugeto falsamente acusado de asesinato fue sentenciado á muerte y decapitado en Amsterdam á consecuencia de falaces declaraciones arrancadas en el tormento: informado posteriormente el consejo de las provincias unidas, de circunstancias decisivas que patentizaban la inocencia del ajusticiado, privó al magistrado de Amsterdam del *derecho de tener verdugo*, y le obligó á que para las ejecuciones hiciese venir un verdugo de la ciudad de Harlem.

La tortura en China se aplica á los pies y manos. Para los pies se valen de un instrumento compuesto de tres trozos de madera cruzados, uno de ellos fijo, y los otros dos mobibles; introducido el pié en esta máquina se oprime con tanta fuerza que se aplasta el tobillo. La tortura de las manos se verifica por medio de unos trocitos de madera que se ponen entre los dedos del acusado; se ata la mano por medio de cuerdas que se van estrechando gradualmente hasta producir un crujido de huesos. La cuestion estraordinaria consiste en hacer con un instrumento cortante incisiones regulares sobre el cuerpo del acusado y levantarle la carne por bandas en forma de córreas.

En el Indostan colocan entre los dedos de las manos y pies del acusado mechas de azufre encendidas; sus piernas en seguida se encajonan entre cuatro tablas oprimidas por cuerdas.

En España se usaron igualmente mechas encendidas, y á mas se aplicaba á las rodillas y codos una prensa que se estrechaba por medio de un tornillo.

La cuestion de la *cuerda* empleada en Italia, Cerdeña y Suecia consistia en sorprender al paciente por medio de una cuerda que pasaba por bajo de los sobacos: este suplicio podia prolongarse hasta tres cuartos de hora. En Italia, dice Des Essarts, cuando la tortura de la cuerda no producia ningun efecto se ponia en uso la titulada la *veglia*. En medio de una sala se elevaba un pilar de cerca de tres pies, terminado por una punta que no tenia mas superficie que la uña del dedo pulgar: el acusado estaba sostenido por cuerdas que mantenian su cuerpo en equilibrio, de forma que se hallaba sentado con todo su peso sobre la punta del pilar: entonces se le aproximaban brasas ardiendo, y el verdugo presentaba à su vista un espejo en que podia considerarse.

Otro tormento inventado por la imaginacion italiana consistia en colocar al acusado tendido boca arriba y con el pecho descubierto bajo una bóveda de donde le caia el agua gota à gota sobre el hueco del estómago.

En Escocia hacian tragar al acusado una cantidad de agua; en seguida le tendian en tierra, le cubrian con una tabla y saltaban con pesadez sobre ella.

En los Paises bajos quemaban por grados al acusado la planta de los pies.

En Francia variaba la cuestion segun los parlamentos; en el distrito de Bretaña ataban al acusado sobre una silla de hierro, y aplicaban fuego á sus piernas. En Ruan oprimian el pulgar ó una pierna del acusado con una màquina de hierro. En Besanzon daban la tortura de la *estrapada*: sujetaban los brazos del paciente detràs de la espalda y con una cuerda atada pendiente de una polea y à los dos puños le suspendian en el aire. Para la cuestion estraordinaria ataban à los pies del paciente algun volúmen pesado.

Los sordo-mudos podian ser condenados à muerte si habian cometido algun crímen capital, pero no se les aplicaba à la tortura porque no hubiera podido interrogarseles sino por señas, «lo que segun Donisart, hubiera sido una verdadera irrision.»

La cuestion era de dos maneras en cuanto à la intensidad de los sufrimientos. La cuestion definitiva se imponia á los condenados á muerte para hacer el suplicio mas doloroso; la cuestion preparatoria ó purgativa se daba á los acusados cuando se trataba de un crímen capital sobre el que habia indicios vehementes. La cuestion purgativa no se aplicaba por el ejecutor sino por un hombre llamado cuestionario, «mediante à que el acusado aun no pertenecia al verdugo.»

En ciertos casos no se hacia mas que presentar el acusado á la tortura; esto es, le hacian sufrir todos los preparativos del suplicio, le desnudaban, le ataban, pero sin otro objeto que el de aterrarle.

Dos clases de tormento se usaban en el distrito de Paris; el *del agua* y el de los *brodequins* (borceguies). Este último tormento consistia en colocar cada uno de los pies del acusado entre cuatro tablas que se ataban fuertemente, de forma que quedasen paralelas; en seguida se colocaban cuñas entre las dos del medio, las que se oprimian à mazadas. Para la cuestión extraordinaria habia ocho cuñas, para la ordinaria solo cuatro.

La cuestion del agua merece describirse con detalles: lo que vamos á manifestar està testualmente estractado de la ordenanza criminal dada por Luis XIV en 1670 y de la memoria instructiva remitada en 1700 por el tribunal del parlamento de Paris á los diferentes juzgados de su distrito.

»En la *sala de cuestion* un médico certificarà si el acusado es apto por el estado de su salud para sufrir *la cuestion del agua*. Hecho esto se atará al acusado por los puños con cuerdas de un grueso regular sujetas á dos aldabas pendientes de una de las paredes. En la pared opuesta se hallarán igualmente otras dos aldavas que sujetaràn gruesos cordeles, con los que los pies del acusado que quedará suspenso horizontalmente á tres pies de distancia del suelo, se atarán separados uno de otro por cima de los tobillos. En este estado se le interpelarà à que diga la verdad.«

»Si no lo ejecutase, un hombre que acompañará al

cuestionario, sostendrà la cabeza del acusado un poco baja y le pondrá en la boca un asta à fin de sostenerla abierta. El cuestionario tomando la nariz del acusado se la estrechará, aunque aflojàndola de cuando en cuando à fin de permitirle respirar, y teniendo un poco elevado el jarro del agua, la derramará con lentitud sobre la boca del acusado. Cuatro jarros de à dos azumbres cada uno se le harán tragar para la cuestion ordinaria, y ocho para la extraordinaria. En el invierno se hará templar un poco el agua. Si hace mucho frio la cuestion de los borceguíes reemplazarà à la del agua. Una y otra se suspenderàn en caso de imposibilidad del acusado; pero si la cuestion en vez de preparatoria es decretada como complemento de una sentencia de muerte ya pronunciada, se aplicarán los borceguíes en cualquier estado del paciente, *mediante á que es un cuerpo confiscado y que las ejecuciones de muerte no pueden diferirse.*»

¡Qué precision en aquel sanguinario procedimiento! ¡qué cuidado tan minucioso para que nada se omitiese en aquel programa! ¡con qué admirable prevision, se dispone hasta el grueso de los cordeles que debe ser *regular*, hasta los movimientos del cuestionario que debe derramar el agua con *lentitud* y *de lo alto* para que no se desperdicie una gota, y no se defrauden á la justicia algunos tragos! ¿Semejante providencia no parece la espresion de una horda salvage? y sin embargo esta ordenanza de 1670 fué promulgada en medio de las fiestas y regocijos del mas glorioso reinado; en el seno de las diversiones de una corte amable y brillante. El rey que la firmára estaba diariamente rodeado de lo mas selecto de una nacion pacífica é instruida; y en fin se publicaba el año mismo en que para el recreo de los genios ilustrados y de las almas tiernas, Racine hacia suspirar en la escena los amores de Tito y de Berenice.

FABULA.

Cierto salteador subió
con una escala á una altura,
y luego que se asegura
la escala al suelo arrojó.
Ella sus quejas le dió
por el pago ingrato y fiero,
y el ladron dijo: «grosero
instrumento, ¿qué creiste?
para subir me serviste,
para bajar no te quiero.»

Tan justos los hombres son
desde abajo ¡qué humillados!
y en viéndose encaramados
se burlan del escalon.

M.

MADRID: IMPRENTA DE OMAÑA, 1840.